

- De norte a sur - De sur a norte -



Hermanos Pérez Morales

*A mis queridos hijos,
para que conozcan algunos momentos
de mi vida y los compartan en el futuro, con sus hijos.
A mis hermanos, que me ayudaron a recordar lo vivido.
A Marta, porque sin su incondicional apoyo y ayuda no habría sido posible
la realidad de esta historia.*

Un conjunto de maletas de cartón, de color marrón, acompañadas de un baúl, de tapa bombé de color naranja y con listones de madera en sus paredes, reforzados con zunchos de chapas, vuelven a mi memoria, como mudos testigos de aquellos tiempos transcurridos allá por el año 1949.

Aquellas valijas que encerraban nuestras humildes pertenencias, no pudieron contener la gran riqueza de los sueños de nuestros padres, el inicio de sus vidas en La Parroquia de la Fuensanta, pedanía de Lorca en la actual Comunidad Autónoma de Murcia, su boda, el nacimiento de sus retoños, el de los cuatro: Andrés, "el gordo", Domingo "el travieso", Antonio, el menor, y el primogénito de la familia, yo, Francisco Pérez Morales, Paco, el infaltable Paco, de tantas familias españolas, quien intenta escribir esta sencilla historia para ustedes, para mí, para nosotros, para que el ingrato correr del tiempo no la lleve de mi memoria y pueda hacérsela conocer a mis hijos y a mis nietos que aún no llegaron.

Aquellas valijas, tampoco pudieron encerrar los afectos de nuestros familiares, a los que mis padres no volverían a ver, hasta pasados más de veinte años. Tampoco pudieron contener las nuevas ilusiones y las esperanzas que se forjarían nuevamente, porque eran muchas. Estaban incluidas también las nuestras, las de mis hermanos y las mías, que el tiempo logró darnos y tal vez quitarnos.

Quizás lo único seguro fue que se forjaron en la Argentina, en aquellos nuevos horizontes, con los que soñaron nuestros padres, pensando en una vida mejor para ellos y su familia. También se realizaron otros horizontes en España, posteriormente les contaré por qué, ya que tuve la suerte de retornar, varias veces.

Iniciamos nuestra travesía, como tantos otros que vinieron a la Argentina, con una diferencia, éramos nosotros, los que aquella vez, viajaríamos en aquel barco bautizado "Cabo de Hornos". El viaje duraría diecisiete días, tiempo que quedó para siempre grabado en nuestra memoria. Recuerdo que partimos del Puerto de Cádiz, en una mañana soleada del mes de noviembre. Los días transcurrieron de modo festivo para nosotros, correteábamos sin cesar por la cubierta de proa a popa, de babor a estribor, sin dejar dependencia sin visitar y explorar. En esos nuevos espacios descubiertos, entretejimos nuestras aventuras, corriendo más de una vez algunos riesgos, como cuando nos acostábamos debajo de los botes salvavidas, teniendo sólo debajo de nosotros, las profundidades del Gran Charco. Nuestros padres, para alegría nuestra, estaban lejos de regañarnos y reprendernos, porque la mayoría de las horas se las pasaban encerrados en el camarote ya que el movimiento del barco los mareaba. En esta travesía, compartimos nuestras andanzas marítimas, con otros chavales de nuestra edad que, al igual que nosotros con sus padres, emprendían aquella aventura con ilusiones similares.

Después de muchos días de viaje nos enteramos que el barco tocaría tierra en el Puerto de Santos (Brasil). Cuando llegamos nos alistamos para desembarcar, pero grande fue nuestra desilusión, cuando nos enteramos, que si había alguien de nuestra familia que así lo hiciera, sería nuestro padre, para seguridad de todos nosotros y tranquilidad de ellos.

Mi padre aprovechó el descenso para oxigenarse y retomar fuerzas para continuar el viaje, también pensó, como siempre, en lo que podía traer para alimentarnos, preocupación que llevó consigo toda su vida. Grande fue nuestra sorpresa, cuando a su regreso lo vimos subir por la rampa portando entre sus brazos, muy ufano, un enorme cacho de bananas, que compartimos entre nosotros, y también con los otros niños, compañeros de nuestros juegos. Las consecuencias fueron nefastas, terminaron todos indigestados, a excepción mía, que poseía un gran entrenamiento en el hábito de consumir bananas.

Continuamos la travesía rumbo a Buenos Aires. Otro hecho anecdótico estaba a punto de ocurrir, que nos llenaría de sorpresa y temor. El barco en el que viajábamos, no sólo transportaba personas, sino que también llevaba en la bodega, animales que seguramente tenían reservado su destino en algún zoológico. Estando mis hermanos y yo, de pronto apareció un animal extraño para nosotros. Era peludo, de altura considerable, y estaba frente a nosotros, saltando y gritando en su lenguaje, llamando la

atención y esperando, según nos pareció a nosotros, un festejo de nuestra parte. Lejos de hacernos eco de su pedido, iniciamos una veloz escapada, corriendo despavoridos, y "la mona" detrás de nosotros y en algunos momentos, nosotros tras de ella, no sabemos cómo. Llevaba su cara pintarrajeada con algunas pinturas, que según nos enteramos después, las había sacado de la cartera de una pasajera que se encontraba descansando tranquilamente en su camarote, y que posteriormente encontraron "más tranquila", ya que estaba desmayada en sus aposentos. Grande fue el susto que nos llevamos, la corrida que iniciamos, mis hermanos y yo, por las dependencias del barco terminó con la intervención de algunos miembros de la tripulación, que después de un tiempo, lograron capturarla y encerrarla nuevamente en su jaula. La calma volvió a reinar. Finalmente con el transcurrir de los días, llegamos al puerto de Buenos Aires. El viaje en barco, había llegado a su fin y con él, se dio, el cierre de nuestra primera parte de la aventura.

En el puerto nos esperaban algunos integrantes de nuestra familia de la Argentina. Después de la foto obligada, en la que debimos posar de la mejor manera, a pedido de nuestros padres, partimos a la Estación de trenes para iniciar el viaje a la Ciudad de Córdoba, destino final donde comenzaríamos nuestra nueva vida. Nos quedamos viviendo en casa de unos tíos, que fueron quienes habían enviado a mi padre "La carta de llamada", requisito necesario para el ingreso a la Argentina, en aquellos tiempos. Aunque mis padres estaban agradecidos a nuestros tíos, por el gesto de buena voluntad de compartir su casa con nosotros, "Los recién llegados", encontramos grandes diferencias, por el espacio reducido, en el que viviríamos, si lo comparábamos con el que disfrutábamos en La Parroquia, pues veníamos del campo.

Nuestra vista, extrañaba las montañas, el Río Vélez de reducido caudal y aguas cristalinas, las zarzamoras, las "palas" espinosas de higos chumbos, que servían de escondite en nuestros juegos, la era, donde se trillaban los granos. Nosotros nos entreteníamos sentados en el trillo, que era tirado por dos caballos, tomados de las piernas de mi padre, que lo conducía, mientras las cuchillas, debajo, separaban el grano de la paja.

Lejos quedaría la vida a la que estábamos acostumbrados, de ésta que estábamos iniciando. El tiempo, después, se encargó de confirmarlo.

Cuando pudieron, mis tíos compraron un terreno, a pocos metros de donde estábamos viviendo, y construyeron dos habitaciones y un baño. La alegría fue inmensa, cuando nos enteramos, que aquella construcción era para nosotros, para que nos sintiéramos mejor.- ¡Qué hermoso gesto de generosidad y desprendimiento! ¡Cómo no recordar a nuestros queridos tíos Salvador y Juana!, ya ausentes, pero no en nuestros recuerdos. La vida comenzó a normalizarse para nosotros. Mi padre trabajaba en la Industria Lechera "La Lácteo", pero eso no alcanzaba, también realizaba otro trabajo: armaba escobas en una fábrica cercana. Ambas tareas le ocupaban dieciocho o

diecinueve horas diarias, además trabajaba medio día del sábado, más el domingo completo, que se computaban como horas extras. Cuando él regresaba del trabajo, nosotros dormíamos y cuando salía, seguíamos durmiendo.- Tan poco lo veíamos, que una vez mi hermano, el más pequeño preguntó.- ¿...quién "ez eze zeñor" que entra sin llamar?... Nuestra madre realizaba las tareas propias de la casa y además cosía, arreglando alguna ropa que le traían los vecinos, más la nuestra, que rompíamos a menudo. Al poco tiempo, gracias al esfuerzo "titánico" de mis padres, logramos tener nuestra propia casa y devolver la prestada.

Por nuestra parte intentábamos hacer lo propio, comenzamos, a nuestro pesar, los estudios primarios en la Escuela Nacional 285, ubicada en la calle M. Yadarola y Diagonal Ica. Al comienzo nos ilusionamos mucho, cuando nos ubicaron a los dos mayores en Segundo Grado por el nivel de conocimientos que supuestamente traíamos de España y por la edad que teníamos. Pero grande fue nuestra decepción, cuando a los pocos meses, por no adaptarnos al modo de enseñanza nos bajaron a Primero Inferior, después de algunas pruebas realizadas. Con el correr del tiempo, nos pusimos nuevamente en carrera y la sorpresa se la llevaron los maestros, cuando exámenes de por medio, rendimos dos años libres. -Nuevamente, los "galleguitos", como nos decían, pasábamos al frente.

Cuando salíamos del colegio, nuestras horas transitaban entre la venta que realizábamos de las escobas que mi padre fabricaba, los deberes obligados y los infaltables juegos de niños.

La experiencia adquirida en la venta de aquellas escobas nos inició, por necesidad, en otras actividades comerciales, que realizaríamos después, con otros productos obtenidos del Mercado de Abasto, que funcionaba en la bajada Alvear. Además, nos permitía viajar en los pintorescos tranvías, en un lugar estratégico para nuestros saltos, ya que íbamos prendidos en las parrillas salvavidas traseras.

Entre nuestros juegos, no puedo dejar de recordar las hazañas realizadas en el canal de riego que cruzaba las quintas de Villa Corina. Nos bañábamos allí, sin importarnos si era verano o invierno, si teníamos ropa de baño o no. Arriesgábamos, más de una vez, nuestras vidas, desconociendo los peligros que encerraban aquellas aguas turbulentas. Aún me parece sentir el calor de aquellas tardes de estío; y todavía puedo recordar la sensación que producía en mi pecho la pelusa de los duraznos, que me metía en la camisa a modo de alforja, para ir comiendo por el camino de regreso a casa.

Nuestros estudios superiores los realizamos en la Escuela de Aprendices del Ferrocarril Belgrano y en la Escuela Técnica Garzón Agulla. Nos hicimos mayores, y la vida nos condujo a mis hermanos y a mí por caminos diferentes, y todos formamos nuestra propia familia.

Mi vida en particular transcurrió y transcurre entre Argentina y España, a ellas les debo el fruto máspreciado que tengo, mis hijos, dos de ellos nacidos aquí en Córdoba, Argentina y el tercero en Alicante, España. ¿Cómo no estar agradecido a estas benditas tierras?

De tanto en tanto, un conjunto de maletas, de las que sólo cambia el color, me vuelven a la memoria, con la diferencia de que éstas son las propias, son "mis valijas", testigos de estos tiempos en los que me toca vivir; esta vez, yo soy el protagonista. Ellas me han llevado muchas veces a la tierra donde nací, tierra que ha intentado muchas veces atraparme con sus bellos paisajes, sus montañas y valles, su sol radiante y sus cálidas aguas del Mediterráneo, en fin, tantas cosas... Otras veces, mis valijas me han traído, a esta tierra, que también me vio crecer y me dio tanto, donde logré lo que soy, donde quedaron mis padres, con todos sus sueños, en la que viven mis hermanos con sus hijos, en la que transcurre mi vida actual, en la que intento entretejer mis nuevos sueños. También ella, esta tierra mía, intenta aferrarme, como lo hizo en otros tiempos. Y estoy aquí, entre ellas, con el corazón "partío", sin vislumbrar mi destino, apostando a la vida, al amor, al futuro...

En un rincón, aguardan mudas, aquellas maletas, sin rumbo cierto y donde quiera que esté, en referencia a España y Argentina, haré míos estos versos:

*"Ni contigo ni sin ti, tienen mis males remedio,
contigo porque me matas, sin ti, porque me muero".*

Francisco Pérez Morales